

CARNAVALES DE GALICIA

ADA más venir de Castilla y penetrar en Galicia por Zamora se encuentra el viajero en Verín, en la misma raya de la frontera de Orense con Portugal.

Hemos llegado el mismo domingo de Carnaval de 1973 (4 de marzo), por la mañana. El ambiente es desusado para un domingo de invierno y casi primavera. Hay mucha gente en la calle. De pronto ves —a través de los cristales del coche— a grupos de máscaras y campanas, que van y vienen, se buscan, juegan, molestan a los peatones...

Nos ven sonreír y agitarnos y llegan a nosotros. Con largos vestidos estampados y vivos (rojos, verdes, estrellas, lunares, azules, amarillos) y máscaras de tela y cartón fuerte (demonios, hermafroditas, hombres primitivos), el grupo echa yeso molido por encima del coche, sobre todo en el parabrisas. Y, con audacia, abren la puerta y nos arrojan ceniza. Uno de los comparsas me acaricia el rostro y musita un lloriqueo como un bebé... ¿Será hombre o mujer?, me pregunto. Dejándonos ciertamente absortos, se marchan rápidamente, saltando, mirando hacia atrás, riéndose...

Días antes habíamos estado en las oficinas del Ministerio de Información y Turismo en Madrid, a pedir información sobre los car-

navales de Galicia. No tenían —nos dijeron— ninguna noticia oficial sobre los mismos, y en los folletos que publican sobre las fiestas en cada región no aparece en ninguna parte fiesta ni celebración de Carnaval. Sin embargo, por noticias indirectas, sabemos de su importancia e interés histórico, antropológico e incluso social.

En los folletos que nos facilitaron los funcionarios del Ministerio pululaba la información sobre fiestas religiosas. Y creemos

Desde Verín, pueblo agrario y de servicios, subimos a Laza. Habíamos tenido una información incipiente del Carnaval de Laza gracias a Carmelo Lisón, profesor de la Universidad Complutense, que nos recomendó esta «fiesta» junto con las de Viana do Bollo, Noya, Armes, Ortigueira...

Por Monterrey subimos a un valle al pie de montañas de altitud media, cerca de la sierra de Queija y de Peña Nafre, donde está situado el ayuntamiento y el pueblo de Laza, en una pequeña

tes de agua, sino la Galicia intermedia, con ciertos caracteres leoneses y zamoranos occidentales (humedad media, bosque medio y bajo, matorrales).

Laza tiene una gran riqueza ganadera. Pero su explotación —como la de la tierra— es rudimentaria, basada en métodos tradicionales. En la fecha del viaje había —según datos del cura párroco— 295 vecinos o casas, en las que vivían generalmente dos familias, dos generaciones.

La fiesta

El Carnaval, llamado en Galicia «O Entroido» o «Antroido», dura los tres días anteriores al Miércoles de Ceniza, o sea, los llamados domingo, lunes y martes de Carnaval, y en los que se suspenden todas las actividades económicas, sociales y políticas, representando las fiestas más importantes del año, incluso por encima de las de Navidad y Año Nuevo, y siendo motivo para reuniones familiares, vecinales y de amigos.

Estos carnavales tuvieron una gran importancia antes de la guerra civil, siendo suprimidos oficialmente en 1937 y hasta 1945, en que se reanudaron. Parece que en Laza incluso en este intervalo «prohibido» o «proscrito» se hi-

Miguel Roiz

que la imagen de España se plantea como incompleta, ya que nuestra variedad es nuestra riqueza. A todos los niveles. ¿Por qué no aceptar oficialmente la existencia de fiestas profanas? Cuando son estas mismas —por su simbolismo— las que puedan marcar un significado plural (ideológico, político, regional, histórico, social) a la sociedad tradicional española. Cuando otros países reclaman y reivindican sus fiestas, su folklore, sea el que fuere, y que desaparece o ha desaparecido ya, nosotros —donde pervive con fuerza— lo agarrotamos y amordazamos, cuando no lo destruimos... O ignoramos...

llanura regada por un río importante.

El ayuntamiento se compone de cuatro núcleos. Los más importantes son la capital municipal: Laza, y su barrio de arriba: Cima-devila. En total hay oficialmente 3.384 habitantes de hecho en 1970, hoy ya en una baja estimada en un 20 por 100, por causa de la emigración y el descenso de los nacimientos. El territorio municipal es mixto: terreno abrupto, montañoso, por un lado —tierras de vaqueros y cabreros—, y valle medio y fértil por el otro, con agricultura de cereales, maíz, patatas, forrajes, frutales. No es la típica Galicia de valles y corrien-

Los «cigarrones»: el ritual de la danza. Visten pantalones de lana fina con flecos, chaquetilla corta, corbata con broche de oro, medias de seda, cencerros a la cintura y una máscara, especie de mitra. Llevan un látigo con tiras de cuero.



CARNAVALES DE GALICIA

cieron carnavales, aunque a un nivel más reducido, limitado. Y con fuertes multas por parte de las autoridades a quienes las celebraban, la mayoría del pueblo, privando el sentido localista y lúdico-crítico sobre el provincial y religioso-austero.

Las partes del Carnaval de Laza concuerdan con los días en que se celebran y siguiendo un esquema cíclico-tradicional de nacer, vivir y morir.

lia. Sin embargo, siempre quedan por lo menos dos cuadrillas de tres, cuatro o cinco que siguen recorriendo el pueblo...

Se acostumbra en todas las familias de hacer una comida típica, con reunión amplia de amigos y parientes. Se aprovecha la fiesta para reanudar el orden primitivo del pueblo a través de conciliarse y superarse las enemistades surgidas durante el año. De esta forma es una justificación

nes. Los niños arrojan harina y ceniza mezcladas con hormigas a todo el mundo, especialmente a las mujeres y mozas, sin represión ni censura, al contrario que en los restantes días del año. Es la apoteosis del Carnaval, que está en todo su apogeo, sintiéndose lo profano en todas partes. Las parejas de jóvenes salen suavemente por la oscuridad, buscando la luz de la luna o la sombra del campo...

da y en gallego, con tono crítico, de los eventos más importantes sucedidos en el pueblo durante el año, y pregonado por un mozo vestido de pieles de cordero que llega montado en un burro real (burro muerto-burro puesto). Es este el momento de mayor expectación y toda la plaza y calles adyacentes están llenas de público de dentro y de fuera de la comunidad.

Finaliza el Carnaval con baile de tarde y de noche para los jóvenes y con despedidas familiares; los emigrados vuelven a su destino, los visitantes ya no muestran interés, los cigarrones se desvisten...



El advenimiento de los medios de comunicación de masas, con el cambio de formas y canales parece que va marcando un cambio; aun así subsiste cierto primitivismo y pureza...

El domingo es el primer día. Comienza con la salida de los «cigarrones» («os cigarrons») de buena mañana, recorriendo el pueblo y delimitando su territorio y recorrido, así como visitando a familiares, parientes y amigos. A la salida de Misa mayor, todo el grupo de cigarrones espera —en doble fila— en la puerta de la iglesia la salida de la gente, de forma que tenga que pasar necesariamente entre ellos. Golpean con los látigos o fustas a todo el mundo, pero especialmente a los mozos y jóvenes de ambos sexos, marcando especial saña y concreción con las muchachas, a las que intentan subir las faldas con los látigos para golpearlas levemente en los muslos y corvas.

Todo el día lo pasan los cigarrones recorriendo el pueblo, «trotaando», turnándose en el dominio del espacio y en su ordenamiento, ya que cada persona debe obedecer el camino que se les marca. El descanso lo hacen en los bares y acostumbran a comer en fami-

para neutralizar discordias, al eliminarse las actividades o funciones creadoras de los conflictos: trabajo, orden municipal, poder.

Por la tarde y noche hay baile-verbena en la plaza, con una orquesta rural muy primitiva, aunque típica.

El lunes es similar al domingo, aunque sin Misa. Y una costumbre importante: baja «A Morena» de Cimadevila, representando uno de los personajes típicos de este Carnaval. Se trata de un disfraz de vaca que se coloca necesariamente uno de los vecinos de Cimadevila, y que, cubierto con una manta, asusta y embiste a todo el que encuentre, marcando especial atención a las mujeres, y siendo motivo de burlas, regocijo, juego y corridas. Por la noche, «La Morena» vuelve a Cimadevila, donde se queda definitivamente.

Hay también comida familiar, reunión en los bares y baile para los jóvenes. Los cigarrones siguen recorriendo el pueblo y castigando a todos aquellos que no acatan sus órdenes o indicacio-

El martes de Carnaval propiamente dicho es el día en que declina y muere la fiesta y su personaje. Aun continuando las comidas y reuniones familiares y de amigos, son los cigarrones los que van marcando este declinar hasta fenecer. Desde el mediodía se van colocando unas pañoletas o vendas negras encima de la mitra, significando el luto por sí mismos, aunque afirmando su resurrección en los siguientes años. Asimismo ya van saliendo menos veces, van acortando su camino, liberando el territorio dominado... Al mismo tiempo se vuelven más agresivos y golpean con más furor y ruido. Otras veces salen todos juntos —entre 15 y 20— y levantan una gran polvareda, como un rebaño humano enmascarado, ensañándose con aquellos que encuentran en su camino.

Al anochecer —hacia las ocho— comienza la ceremonia llamada «El Testamento del Burro» («O testamento do burro»), que consiste en la publicación versifica-

Los elementos de la fiesta

Dividimos los elementos constitutivos de esta fiesta en:

Actores o sujetos: los cigarrones, las máscaras o disfraces, «La Morena», el burro, el pueblo (en sus distintas clases y estratos).

Objetos, métodos o expresión concreta: las coplas, el Testamento del Burro, las máscaras y mitras de los cigarrones, la máscara de «La Morena», el látigo o fusta, la harina con hormigas, la ceniza, las comidas rituales.

Los demás elementos, por ejemplo, el baile, la orquesta, el consumo en los bares, no son específicos del Carnaval, sino generales de todas las fiestas del pueblo.

Los cigarrones, también llamados en gallego «peliqueiros», o «cigarrons», o «cigarrons», son hombres que se disfrazan con traje y máscara típicos y peculiares de la localidad. Parafraseando a Julio Caro Baroja (*), diríamos que «son máscaras fustigadoras, con rasgos terroríficos a primera vista, fustigando y haciendo simultáneamente cuestación. Tienen funciones distintas, según se las den los mismos habitantes de los pueblos de donde salen. Pueden convertirse en funcionarios municipales con carácter transitorio».

Su nombre se adscribe, por un lado, a reminiscencias histórico-antropológicas, y, por el otro —por onomatopeya—, al sonido que hacen los cigarrones al moverse y trotar, ya que imita el canto de la cigarra. Parece que hay varios significados superpuestos, y que el más antiguo se refiere al nombre de la tribu celta que pobló parte de la actual Galicia.

(*) «El Carnaval». Análisis histórico-cultural; Taurus, Madrid, 1965.

Los cigarrones son hombres generalmente jóvenes —para poder mantener el ritmo de fatiga impuesto por el ritmo del «rol» adscrito a la máscara— y con algún que otro niño. Se tiene noticia de que en alguna circunstancia una o dos mujeres se vistieron este traje de hombre-máscara, sin gran trascendencia ni poder de cambio.

El traje se compone de: pantalones de lana fina con flecos superpuestos, faja, chaquetilla corta (como de torero), camisa de seda blanca, corbata con broche de oro, pañuelo de seda sobre hombros y charretera, medias de seda y seis grandes cencerros o chocos en la cintura, que hacen un peculiar sonido al moverse con distinto ritmo.

La máscara que utilizan es realmente una mezcla de máscara propiamente dicha y de mitra enorme. La máscara expresa seriedad, agresividad y horror al mismo tiempo. La mitra tiene forma de sombrero de doble ala, sobre la que se han dibujado alegorías de animales y bestias salvajes: zorros, aves, halcones, águilas, toros, tigres, gatos monteses, vacas. Se puede decir que toda la máscara es una gran careta de madera policromada y uniforme, con elementos de cartón, tela y seda. Los cigarrones llevan siempre —uno de sus atributos— un látigo con tiras de cuero, más bien corto y tenso.

Tanto los trajes como las máscaras son propiedad privada de particulares del pueblo (¿clase alta?), que, o bien los utilizan por sí mismos, los prestan a familiares o los alquilan por 250/300 pesetas la hora. Se trata de artesanía pura, confeccionada por las mujeres de la familia y en tela de la mejor calidad. Cuesta apro-

ximadamente uno de estos trajes entre quince y veinte mil pesetas, y es muy difícil encontrar uno en venta.

Se caracterizan los «cigarrones» por sus derechos. Se les adscribe por tradición un recorrido y un tiempo (rito), así como un respeto. Todas las familias tienden a invitarles a sus casas a beber y comer «de lo mejor». Marcan, asimismo, «su territorio»: centro del pueblo y calles principales, y el recorrido a hacer durante tres días. Así, nadie puede colocarse en su trayecto sino bajo pena de ser zurrado con el látigo. Es peculiar que nadie pueda responder a sus golpes (sentido de autoridad municipal) ni impedirles hacer lo que quieran, dentro de «su orden, espacio y actividad». Asimismo pueden obligar a cualquiera a que les pague de beber y comer (pago de un servicio/función).

Entre ellos —y por grupos o cuadrillas— hay un como «mayordomo» (funcionario de servicio de más categoría y responsabilidad), que es el que inicia la salida y marca el lugar del recorrido (jefe).

Llevan un ritmo obligado de salida de las casas y bares, donde descansan de un agotador ritmo constante de ir y venir y de trote, marcha o corrida muy peculiar, «pegando saltos y corriendo, y no de otra manera», como animal salvaje, quizá una mezcla de caballo y oveja... reminiscencia de un baile o danza peculiar (danza sagrada, animal, mágica), que se ha perdido con los siglos.

Las máscaras o disfraces —excepto las de cigarrones— son escasas, en contraste con los carnavales de la región orensana (Verín, Xinzo de Limia, Monterrey). Se puede ver, de vez en cuando, algún joven disfrazado con largas

túnicas y encubriendo el sexo, la clase, la apariencia física. Todo se encubre y recubre. La «máscara» (persona) se despersonaliza y libera de un potencial estereotipado... de la sociedad.

Reminiscencia de un pasado más rico —en el que había más personajes que contrastaban o se oponían con los cigarrones—, hemos encontrado una máscara especial, vestida y con careta de diablo, que se dejaba —deliberadamente— golpear y engañar, herencia de los prístinos «maragatos».

La cabeza de «A Morena» es una máscara de vaca, con astas reales. Al bajar —como rito— siempre de Cimadevila, pueblo o barrio «de montaña», representa lo montaraz, brusco y agrésivo, lo de «arriba», lo montañoso, la Naturaleza. Irrumpe así lo salvaje en la comunidad, embistiendo especialmente a las mujeres y jóvenes, hasta que es reducida por cansancio, fatiga...

El burro —dador del testamento— es el símbolo de la paciencia y del juicio (vejez), así como de la verdad popular. Es el que por el documento declara críticamente los problemas dejados atrás, pero que pueden manifestarse para aprender. Cada año muere de nuevo, y por ello mismo puede librar el testamento, justificación de una crítica que no puede castigarse ni con un burro, ni con un muerto.

El pueblo, como un todo, es el actor colectivo más importante de la fiesta, en su estratificación social. El asimila e integra el proceso y el significado latente. Una parte de este pueblo puede jugar, expresarse como cigarrón, creemos que con carácter muy exclusivista, limitado y diferenciador. Por otro lado, la vuelta masiva de los emigrantes, el grueso diferenciado en la base, no violenta la armonía y el orden, sino que afirma la localidad, el pueblo, reforzado por las coplas y el testamento.

Hemos localizado las siguientes coplas:

«Cuatro cousas hay en Laza non las hay en toda a terra: piliqueiros, maragatos, as for[migas e a Morena...»

* * *

«Anque chove... anque neva... A Morena ha de salir...»

Nos parece que el Testamento del Burro es la expresión más importante del Carnaval de Laza, incluso por encima de los propios cigarrones. Un grupo de hombres —leídos, ilustrados— redactan un documento versificado en romance gallego que sintetiza los problemas más curiosos e importantes del pueblo en el momento, criticando al mismo tiempo los sucesos más relevantes acaecidos en el año que termina, simbólicamente hablando, ya que formalmente termina en enero. Sería, de esta forma, el comienzo del año real el comienzo del ciclo: la primavera. Al leer el documento en público, todo el pueblo es espectador, y puede ser actor potencialmente, se desata el regocijo y el carácter lúdico de la fiesta, representando con la «catarsis» el fin del Carnaval. A las ocho de la noche del martes se va ocultando el Sol, se han colocado los cigarrones la pañoleta sobre la mitra, la gente se muestra fatigada... Ofrecemos unos trozos del «testamento» en gallego y en su traducción castellana, recogido con magnetofón, y de interés por su carácter paradigmático y expresivo:

«Tanto de min murmuraron que abouaronme os oídos y e resultaba ser eo o que salía xodido...»

Las «máscaras» son escasas «excepto las de «cigarrones»», en contraste con los carnavales de la región orensana de Verín, Xinzo de Limia, Monterrey. Se puede ver algún joven disfrazado con las túnicas y encubriendo el sexo, la clase y la apariencia física. Todo se encubre y recubre.



CARNAVALES DE GALICIA

E como xa estaba farto dos gritos de tanta bruxa fun arreglar os papeles e caiseme ca Milucha". ¡Fixeche ben compañeiro casarte pol a canada: acabouchese o traballo de ir a apañar a auga! ¡Como saliche ganando! Entre muller i a cuñada ante de ter como ou rei dentro dun cesto de palla.

* * *

O burro ei io de dar sin discusion o carteiro que agora deronlle un pito pra repartir o correo e traí os veciños tolos co demo do pito-rrero.

* * *

Pra que nos deixes dormir eu xa che teño dito: chama a xente pol o nome e non ie toque o pito.

* * *

Bueno, xa empeza a morrer pro este año Entroido; pero morrer nunca morre que eiqui o Entroido e sagrado. ¡Rapaciños que escoitades cando chegedes a mozos aprendede a conservar lo que coma il non hay outro!; se e que o deixades morrer eu este puebllo non volvo.

"Tanto de mi murmuraron que me aturdieron los oídos y resultaba ser yo el que salía jodido... Y como ya estaba harto de los gritos de tanta bruxa fui a arreglar los papeles y me casé con Milucha". ¡Hiciste bien, compañero, te casaste por el puchero: se te acabó el trabajo de ir a recoger agua! ¡Cómo saliste ganando! Entre la mujer y la cuñada te han de tener como un rey dentro de un cesto de paja.

* * *

El burro se lo he de dar sin discusion al cartero que ahora le dieron un pito pra repartir el correo y trae a los vecinos locos con el diablo del pito-rrero.

* * *

Para que nos deje dormir yo ya se lo tengo dicho: llama a la gente por su nombre y no le toques el pito.

Bueno, ya empieza a morir por este año el Carnaval; pero morir nunca muere que aquí el Carnaval es sagrado. ¡Niños que escucháis, cuando lleguéis a mozos aprended a conservarlo que como él no existe otro!; si es que lo dejáis morir yo no vuelvo a este pueblo.

Sigue la costumbre en Laza de arrojarse harina mezclada con hormigas, y, a menor nivel, ceniza. Es una evidente forma de burla y de mofa para provocar rego-



Caro Baroja asocia las máscaras de los cigarrones a máscaras antiguas, participantes en rituales pastoriles (funciones religiosas primitivas), mientras que otros autores lo asocian a orígenes más modernos (¿se coplaron de máscaras peruanas?).

cijo, sobre todo entre las clases infantiles.

En estos días tan señalados se acostumbra —en toda Galicia e incluso si no se hace fiesta o Entroido— a tomar unas comidas extraordinarias, que son: la «bica», especie de pastel o bollo con harina y huevo; los productos más suculentos de la matanza del cerdo: la cabeza (cacheira), el rabo, los lacones, chorizo, jamón y especialmente «as filloas», o tortillas de leche con sangre de cerdo y harina. Estas comidas son, como se puede ver, muy fuertes y sabrosas, representando la gula —en oposición al ayuno—, reglamentada por el Carnaval —en oposición a la Cuaresma—, asimismo, son los días en que se espera comer en familia, en grupo amplio y con tono de alegría, despreocupación y franqueza.

El cambio

La fiesta ha evolucionado mucho, y para referirnos a la me-

moria colectiva, en los viejos, mejor que en documentos, parece que antiguamente se confeccionaba —por las mozas y mujeres casadas— un muñeco de trapo y paja (el pelele o Entroido propiamente dicho), que el martes, al anochecer, se arrojaba al río o se quemaba en público, representando el fin de la fiesta, pero afirmándola para los años siguientes (voluntad de eternidad, mito del eterno retorno).

En el elemento más móvil, en el cigarrón, es donde ha habido el mayor cambio cualitativo, al menos en pérdida de riqueza. An-

en algunas mitras de cigarrones: dos localizadas, de un total de veintidós, se han pintado alegorías de mujeres hermosas en traje de baño, sustituyendo el símbolo rural y autóctono: el animal salvaje o montaraz, por el símbolo urbano, recomunicado y reutilizado por los medios audiovisuales, especialmente la publicidad.

También hemos observado, y lo destacaban los propios habitantes del pueblo, cómo muchos emigrados, al reunirse en los bares a beber y a cantar, acostumbraban a expresarse en castellano, rompiendo el pacto simbólico-rural y creando confusión al mismo tiempo que crítica.

Parece que se ha perdido otra máscara especial, complementaria de los cigarrones, que representaba su polo opuesto (desorden, anarquía, lujuria), ya que podía ser revolcada en el polvo o barro, sufrir encerronas, ser golpeada, y a la que llamaban «maragato». Salía en comparsas especiales, y su única reminiscencia, atenuada, débil, es la máscara de diablo de que hemos hablado, que también puede ser objeto de escarnio.

También el cambio ha afectado al ciclo, que se ha acortado. La transición del martes de Carnaval a la Cuaresma se hacía por medio del Miércoles de Ceniza, día en que tenía lugar «El entierro de la sardina», que terminaba y prolongaba, simultáneamente, el Carnaval.

En los últimos veinte años se ha introducido el uso del pañuelo de seda y la corbata, destacando por un lado la capacidad de cambio —sensible— de los elementos de la fiesta, y por otro, la extrema sensibilización estética que expresa: búsqueda de conciliar la armonía con la belleza.

El rito de reunión familiar se ha retrasado. Antiguamente era la noche del sábado al domingo la de la matanza, asado y comida del cabrito ritual, hoy casi totalmente desaparecido.

Historia y Carnaval

Si bien los significados perviven con idéntica fuerza, y los símbolos han evolucionado levemente, la explicación que se da en diversos medios —siempre intelectuales— de este Carnaval y de sus elementos «externos», en oposición a los internos: el pueblo, la vaca, el testamento, han variado según las épocas. Parece —intuitivamente— que cada época histórica lo remueve, en función de sucesos que representarían algo muy importante y vital para la comunidad (necesidad social).

Caro Baroja asocia las máscaras de los cigarrones a máscaras antiguas, participantes en rituales pastoriles (funciones religiosas primitivas), mientras que otros



autores lo asocian a orígenes más modernos (¿se copiaron de máscaras peruanas?). E incluso a sucesos relativamente contemporáneos. Recordamos la leyenda que origina estos trajes y máscaras a los mayordomos y alcabaleros del duque de Monterrrey, señor de la comarca en el siglo XVIII. Seguramente, cada período vital-histórico o ciclo de referencia de la comunidad de que se trate, ha cambiado o trastocado la forma, total o parcial, en función de una actualización histórico-cultural que dejase intacto el símbolo.

Profundizando en el pasado, parece que las funciones del Carnaval se pueden adscribir a orígenes y ritos religiosos antiquísimos (celtas), de los que los actuales «peliqueiros» serían los sacerdotes, jefes de tribu (¿jefes de familia en la actualidad?) o jueces (poner o hacer orden).

La crítica

El Carnaval, como todas las fiestas profano-sagradas, en mayor o menor grado, no exalta sólo un suceso, sea histórico o religioso, tan común en el folklore español, sino que «reestructura» atemporalmente, año tras año, la vida colectiva de una localidad, a través de una autopurificación constante, a través de la crítica.

Esta crítica es observable en varias formas. Pero especialmente en «O testamento do burro», donde incluso se llega a la autosátira social: crítica e ironización sobre sucesos importantes; jerarquización de la crítica: reparto de las vísceras del burro en función de la función que se proponga: la lengua al maledicente, la oreja al sordo, la pata al cojo; superestructuración de la crítica: purificación, necesidad social de ajuste. Observamos cómo no se libra nadie de esta crítica: ni autoridades, ni religiosos, jóvenes o viejos, solteros o casados... Ya que en otro caso sería traicionar el sentido profundo «do Entroido». Aclaramos que esta crítica —y sátira, cuando corresponde— está organizada: hay unos responsables, y el tono es cuidado y medurado, utilizando el encubrimiento por medio del humor y la ironía.

La trastocación sexual y generacional, por medio de la máscara, que recubre todo indicio, permite una crítica objetiva, que es beneficiosa para la comunidad y para la persona, representando un ajuste muy importante y sutil.

El Carnaval, en general, por encima de la crítica (una de sus funciones), es como una vuelta al caos primitivo, para poder adquirir fuerzas y resistencia a las tensiones ordinarias de cualquier sistema. Es también una forma

de hacer renacer el tiempo cósmico y la Edad de Oro, rompiendo todos los niveles de relaciones sociales. Aunque en última instancia exista siempre un control social y personal: autoconciencia de actuación, autodominio del «rol o papel» que se arroja la máscara o el grupo enmascarado...

El poder de la sátira alcanza incluso a los propios cigarrones, el orden temporal en entredicho. El año pasado, uno de ellos: la persona, no la máscara, tuvo que hacer frente a las burlas constantes del pueblo, que le enseñaba sucesivamente muñecos y muñecos de trapo, en cualquier circunstancia. Se debía a su resistencia a casarse con la muchacha con la que ya tenía un hijo. Posteriormente accedió y tomó estado, hecho que ha sido este año pregonado irónicamente por el «testamento».

Siguiendo con el juego permitido, otros años ha habido burla similar con borrachos, ladrones, muchachas fáciles. La utilidad, pues, de la crítica —en la intención y en la función— es purificadora, representando en estas comunidades rurales el apogeo del control social indirecto. Así, el caos primitivo encubre la resurrección de un orden interno más perfecto y moral...

Simbolismo y rito

Todo el Carnaval de Laza es una grandiosa comedia profana, en la que, sin embargo, el contacto con lo sagrado no se rompe. Por ejemplo, los «peliqueiros» no entran en la iglesia, pero esperan a los mozos, y mucho más a la mozas, a las vírgenes, para alcanzarlas con el látigo, elemento mágico, por un lado, y sexual, por el otro. Se impetra así la fertilidad, y el látigo es el realizador, en potencia. El que se haga a la salida de la Misa puede significar que se exalta la fertilidad de la mujer después de la bendición (casamiento o institucionalización). Por otra parte, se critica el que la mujer sea la depositaria del placer. Mientras que son las propias mujeres las que refuerzan este acto mágico, ya que no se visten con pantalones cuando lo podrían hacer con faldas. Ellas mismas refuerzan su «status lúdico», que, por otro lado, les permite un poder social (pasivo-activo: la casa).

La vaca parece representar un símbolo asociado a la Tierra y

a la Luna. Los dioses lunares llevan casi siempre cuernos de vaca. Sin embargo, en este caso creemos que al hacer bajar persistentemente «A Morena» de la montaña, de Cimadevila, se expresa simbólicamente la llegada de lo bárbaro, primitivo y natural al pueblo rico y fértil. Así, la montaña podría ser el centro del mundo, y el pueblo, una de sus vertientes o caminos, que llevaría a la cultura, entroncando, además, con los ritos celtas de adoración a animales-tótem.

El Carnaval permite la «inversión del mundo u orden», el cambio de papeles sociales, en especial de clases y sexos. Se entroncaría así con las fiestas romanas llamadas «saturnales», en las que había claro trastueque de amos y esclavos, de mujeres y hombres.

Cuando muere el «Entroido», parece que renace el pueblo, se vuelve al orden habitual, ordinario, desaparecen los cigarrones como poseedores del control de la comunidad y renace lo sagrado... ¿O no es cierto en Galicia? ¿Acaso se afirma lo contrario, o sea, el triunfo de lo profano? ¿O se impetra lo mágico?...

Este Carnaval es un rito en cuanto que observa reglas territoriales, ya que los cigarrones tienen un espacio concreto de recorrido y dominio. Existe, además, un convencionalismo dramático, ya que el cigarrón sólo puede sacarse la máscara dentro de un local, nunca en la calle, y tiene que observar el «rol» marcado por la máscara. Mientras que el pueblo es el coro, que participa al criticar la actuación del actor (cigarrón) en su papel. También se trasluce un «tempo» (cada día, su función) y un desenlace, ya que la muerte del Carnaval, el martes por la noche, termina con la representación.

La invitación al rito es constante y generacional. Desde niños, todos los habitantes de Laza están deseando llegar a poder vestirse de cigarrones, lo que es raro, exclusivo. Es el ideal de expresión de la varonilidad: correr, subir y bajar, golpear, fustigar, resoplar... así como de la autoridad.

En general, se puede decir que existen elementos medievales mezclados con precristianos. De los primeros subsiste el tono de alegría, desenfado, humor y crítica. Mientras que de los segundos, quizá permanezca el sentido de orgía colectiva, transitoria y con-

trolada. Este carácter mixto o complementario se está corrompiendo, y es perturbado e interferido por elementos modernos, urbano-industriales: la emigración que divide la comunidad, la crisis de las instituciones rurales (la casa, la propiedad). No es casual que se diga y repita en el testamento la esperanza en la permanencia «do Entroido», y que se apele a los niños para su comprensión y preservación.

Últimas palabras

Como conclusión, creemos que el Carnaval de Laza es un mecanismo socio-histórico-cultural, que permite la reunión del pueblo, separado por la emigración; que une profundamente, que hace olvidar rencillas y divisiones familiares y locales, que afirma la importancia de una clase determinada —los jóvenes, los adultos, los cigarrones—, que se muestra agresiva y que es necesaria para la comunidad (reminiscencias guerreras), apareciendo el papel de la mayoría, el pueblo, el coro, como extremadamente sumiso y sometido, aunque creativo de ludismo.

Asimismo, el Carnaval representa la reminiscencia del espíritu rural, alegre, vivo y vital de la Edad Media, en oposición al espíritu frío y racional de la sociedad urbano-industrial, en la que no puede haber expresión ni creación autóctona colectiva.

Para que no se quede todo este discurso en un localismo acentuado o en una arqueología popular, cuando no en agua de borrajas, pedimos a la sociedad española un mayor interés y comprensión por el conocimiento y difusión de estas fiestas, de tanta —cuando no superior— importancia como las religiosas, formando parte central de la riqueza ibérica en folklore y expresión popular.

En esta época de interés por lo urbano hemos de reivindicar la permanencia de estas expresiones sociales y culturales, que, al mismo tiempo que aporten y siembren la semilla del conocimiento entre regiones y formas de sentir y expresar la vida y la conciencia social, puedan representar una ayuda y afirmación del campo, del campesino y de la vida rural, cuyo cambio es ineludible, pero cuya destrucción puede evitarse. La vida tradicional española puede compaginarse con una vida moderna y urbana, aunque requiere un esfuerzo cualitativo y de imaginación que no es común ni en las personas ni en las instituciones. Donde la tradición ha sido creativa y pueda revitalizarse, esperemos una nueva comprensión por parte de la sociedad y del Estado. ■ M. R.